

LIBROS

Poetas gallegos contemporáneos

Para el hablante de lengua castellana no es difícil leer en gallego. Sin embargo, por parte de muchos lectores existe una injustificable pereza cuando se trata de leer en lenguas distintas, aunque sean muy próximas. Las antologías y ediciones bilingües —tanto de poesía gallega como de poesía catalana—, que con bastante frecuencia nos van actualmente llegando, contribuyen a que el hablante de castellano pueda tener fácil acceso a esas literaturas, que de otro modo es posible que desconozca. Recientemente nos ha llegado una muestra representativa de la poesía

gallega contemporánea, a mi juicio, importante. Se trata de un libro de Miguel González Garcés (1).

Como toda antología, la de González Garcés será, sin duda, discutible. Personalmente, el único punto que hallo susceptible de discusión es el escaso número de poetas representados, aunque ello queda explicado por el autor en el Prólogo. Ciertamente es además que a esta antología seguirá una segunda parte, que se titulará —según afirma el autor— *Nuevos poetas gallegos*. En la que nos ocupa echo de menos algún nombre, pero nada más injusto que criticar una obra ajena a base de lo que nosotros «hubiésemos hecho»: por lo que González Garcés nos ha dado tenemos que juzgarlo.

Pues bien, como hablante de lengua castellana, agradezco —y muchos lectores agradecerán— a González Garcés lo que nos da en su libro: una selección en la que hallamos algunos poetas excelentes; otros,

(1) *Poesía gallega contemporánea*. Plaza & Janés. Barcelona, 1974.

buenos; otros, finalmente, muy representativos de una circunstancia histórica y dignos —a juicio del antólogo— de figurar en la compilación.

Los poetas representados en *Poesía gallega contemporánea* son ocho en total. Los siete primeros elegidos por el antólogo son: Luis Pimentel, Manoel Antonio, Aquilino Iglesias Alvarino, Alvaro Cunquero, Eduardo Moreiras, Celso Emilio Ferreiro y Camilo José Cela. El octavo, por decisión del editor, es el poeta Miguel González Garcés, poeta realmente digno de figurar en cualquier antología.

González Garcés nos presenta a los poetas en su lengua y en excelente castellano, dato este último que tenemos que destacar en primer término. Porque si bien es cierto —como decía al principio— que contamos hoy con bastantes traducciones de poesía gallega, no es menos cierto que si algunas son buenas, otras son sólo pasables. Y deplorables otras, por desgracia. Las traducciones de González Garcés —como puede comprobarse haciendo la lectura de los poemas en gallego y en castellano— son, a mi entender, inmejorables.

Lo dicho sería ya suficiente para hacer del volumen un libro de gran interés. Pero esto no es todo. El autor, profundo conocedor de poesía y crítico de gran sensibilidad, traza en su Prólogo un extenso panorama de la poesía gallega —a ello me referiré luego— y elabora además unos estudios introductorios en torno a los poetas antologizados, sobre los que es preciso hacer algunas consideraciones. En estos «estudios» —que lo son, a pesar de su brevedad—, González Garcés se revela como crítico ejemplar que nos asombra por su capacidad de síntesis y penetración. Quiero destacar especialmente los consagrados a Luis Pimentel, a Manoel Antonio y a Alvaro Cunquero. A través de poquísimas páginas nos da el crítico lo esencial de cada uno de estos poetas.

Es preciso añadir que —en los casos citados— las selecciones me parecen muy acertadas: a través de la de Manoel Antonio —por ejemplo— revivimos los mejores momentos de su libro fundamental: *De catro a catro*; a través de la de Alvaro Cunquero vemos no sólo al conocido autor de *Cantiga nova* que se llama Riveira, sino —y muy principalmente— al poeta lleno de magia y misterio de los poemas últimos, muchos de ellos recogidos sólo en revistas o inéditos.

En cuanto al Prólogo —al que antes hice referencia—, no podemos tampoco mencionarlo superficialmente. Gran parte de él —como dije— está dedicado a dar un panorama histórico de la poesía gallega desde sus orígenes hasta nuestros días. No se trata de mera información, que podemos obtener en cualquier manual de literatura. Si bien es cierto que hay una serie de datos que, más o menos, conocemos —aunque con frecuencia olvidamos—, hay apreciaciones sumamente originales que pueden servir como punto de partida al estudioso de la lírica gallega. Así —y entre otras—, la consideración de esa poesía como esencialmente dinámica, en contra de lo que tradicionalmente nos había venido diciendo la crítica, que suele ver en ella un inmovilismo. Para llegar a esta conclusión —como para llegar a otras— da González Garcés razones muy convincentes.

Todo lo hasta aquí esbozado precisaría, sin duda, una más amplia profundización. Basten estas notas para llamar la atención sobre una obra que la merece. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

Las cartas cayeron boca abajo

Finalista en un premio literario por enésima



Gabriel García Badell.

vez, Gabriel G. Badell acaba de entregarnos su tercera novela: *Las cartas cayeron boca abajo* (1), que nos plantea una problemática similar a la anterior, *De Las Armas a Montemolín* (2). En ésta se nos presentaba la perplejidad del personaje central ante una serie de opciones que se le antojaban igualmente falsas y farisáticas, perplejidad que trafa como consecuencia la progresiva degradación moral del personaje, al resultarles imposible e inútil el establecimiento de unas fronteras que delimitaran lo «bueno» y lo «malo». La acción dramática de la novela venía dada, antes que por la peripecia argumental, por la evidencia continua de la contradicción entre «moral pública» y «moral privada». El conflicto se desencadena cuando el personaje pretende elevar a pública la práctica moral privada. Anatematizado por la sociedad, es arrojado de ésta como un cuerpo extraño.

*Las cartas cayeron boca abajo* presenta, en principio, una mayor complejidad, que se refleja en primera instancia en la misma estructura narrativa. Por lo pronto, el protagonista se diluye en varios personajes, que se alternan en llevar el peso de la narración. De éstos hay dos que destacan: por una parte, el tal Orenco Lanaja, viejo vendedor ambulante de refrescos, que sufre estoicamente los mayores escarnios y vejaciones. En el relato se dice que se llama a sí mismo dios, y hay un cierto paralelismo entre la pasión del tal Lanaja y la pasión del Dios cristiano hecho hombre. Por otra parte, el tal Gabriel García, especie de apóstol de Lanaja, que a ratos parece incorporar el papel de San Pedro y otros el de Judas. Esta mayor complejidad no queda reflejada, sin embargo, a un nivel más profundo. Al igual que en la novela anterior, los personajes de Badell actúan de un modo más o menos concreto y decidido, sin que el lector acabe de saber muy bien por qué; es decir, las peripecias de cada uno de ellos no van encaminadas a confeccionarnos un retrato psicológico o so-

(1) Ediciones Destino. Barcelona, 1973. 319 págs.

(2) Ediciones Destino. Barcelona, 1971. 285 págs.



Celso Emilio Ferreiro.